

completa. Yo mismo me habría enfadado, y no poco, de que me hubieran seguido los pasos tres horas hace; aunque en resumidas cuentas el que me hubiera seguido se habría llevado el mismo chasco que yo. Por consiguiente, la última copa de este vino de Coliure, y buen viaje.

Diciendo esto, llenó Canolles las copas, y Richón, después de haber bebido á la salud del barón, salió sin que á éste le ocurriese el pensamiento de averiguar qué camino tomaba. Pero al encontrarse solo entre las bujías medio consumidas, las botellas vacías, y las cartas esparcidas, sintió el barón una de esas tristezas que no pueden comprenderse bien sino cuando se sufren, porque su jovialidad de toda la noche traía su origen de un contra-tiempo, cuya idea había tratado de desvanecer, sin haber podido llegar completamente hasta su objeto.

Retiróse, pues, á su alcoba, lanzando á través de los cristales del corredor una mirada llena de pesar y de cólera en dirección á la casita aislada, en la que una ventana iluminada por un reflejo rojizo, interrumpido de vez en cuando por ciertas sombras pasajeras, indicaba bastante que la señorita de Lartigues pasaba el rato menos solitaria que él.

Sobre la primera grada de la escalera, tocó Canolles una cosa con la punta de su bota, y habiéndose bajado, encontró un pequeño guante gris-plata del vizconde, que éste había dejado caer al salir precipitadamente de la posada de Maese Biscarrós, y que sin duda no había conceptualado de bastante valor para perder el tiempo en buscarle.

Por más que lo hubiese creído Canolles, en un momento de misantropía, muy perdonable en un amante despechado, no había, sin embargo, en la casita aislada tan grande

satisfacción como creía el huésped del Becerro de Oro.

Nanón, inquieta y agitada durante la noche, meditando mil planes para prevenir á Canolles, había puesto en acción cuantas sutilezas y artificios encierra una cabeza de mujer bien organizada, para poder salir de la situación precaria en que se hallaba. Trataba solamente de escatimar un minuto al duque para decir una palabra á Francineta, ó dos minutos para escribir á Canolles una línea en un pedazo de papel.

Se hubiera podido decir que el duque, sospechando todo cuanto pasaba en el interior de la linda gascona y leyendo la inquietud de su alma á través de la máscara placentera con que había encubierto su semblante, se había jurado á sí mismo no concederla esta libertad de un instante, que sin embargo le era tan necesaria.

Á Nanón le acometió jaqueta. El duque de Eperón no permitió que se levantase para tomar su frasco de esencias, y fué él mismo á buscarle.

Nanón se pinchó con un alfiler, que hizo asomar súbitamente un rubí á la punta de su nacarado dedo, y quiso ir á buscar en su neceser un pedacito de ese famoso tafetán rosado, que ya en aquella época empezaba á apreciarse. El duque de Eperón, incansable en complacerla, se levantó, cortó el pedacito de tafetán con una destreza y prontitud que causaban desesperación, y cerró el neceser con llave.

Nanón fingió dormir profundamente, y casi en seguida empezó á roncar el duque. Entonces, Nanón abrió los ojos, y á la luz de la lamparilla que estaba colocada sobre el velador en su cerco de alabastro, trató de sacar el librito de memoria del justillo del duque, que estaba colocado cerca de la cama y al alcance de su mano; pero en el momento en que tenía ya el lápiz y acababa de

arrancar una hoja de papel, abrió el duque un ojo.

— ¿Qué hacéis, queridita? la dijo.

— Iba á ver si había un calendario en vuestro libro de memorias, dijo Nanón.

— ¿Para qué? preguntó el duque.

— Para ver cuando son vuestros días.

— Me llamo Luis, y mis días son el 24 de agosto, como sabéis; tenéis todo el tiempo necesario para prepararos.

Y la tomó el librito de las manos, colocándole de nuevo en su justillo.

Á lo menos, en su última maniobra había adquirido Nanón un lápiz y papel: ocultó uno y otro debajo del travesero de su cama, y apagó astutamente la luz esperando poder escribir en la oscuridad; pero el duque llamó en seguida á Francineta pidiendo luz, porque decía que no podía dormir sin ver. Francineta acudió con tanta prontitud, que Nanón aun no había tenido tiempo de escribir la mitad de su frase; y el duque, temeroso de un accidente igual al que acababa de ocurrir, mandó á la doncella que pusiera dos bujías sobre la chimenea. Entonces Nanón protestó que no podía dormir con luz; y llena de impaciencia, volvió la cara hacia la pared, esperando el día con una ansiedad fácil de comprender.

No tardó en alumbrar las copas de los álamos aquel día tan temido, haciendo palidecer la luz de las bujías. El duque de Eperón, que tenía á gala seguir los hábitos de la vida militar, se levantó al primer rayo que filtró por las celosías, se vistió solo por no abandonar un momento á su Nanoncita, se puso una bata, y llamó para informarse de si había algo de nuevo.

Francineta contestó á esta pregunta entrándole un paquete de oficios que Courtauvaux, su picador favorito, había traído durante la noche.

El duque se puso á abrirlos y leerlos con un ojo, tratando de dar al otro, que no se apartaba de Nanón, la expresión más amorosa que le fué posible adoptar.

Si Nanón hubiera podido, habría hecho pedazos al duque.

— ¿Sabéis, le dijo el duque después de haber leído algunos de sus oficios, lo que deberíais hacer, querida amiga?

— No, monseñor, respondió Nanón; pero si tuvierais la bondad de dar vuestras órdenes, serían ejecutadas.

— Enviar á llamar á vuestro hermano, dijo el duque. En este momento acabó de recibir una carta de Burdeos, que contiene los pormenores que yo deseaba, y podría partir ahora mismo; con lo cual á su regreso tendría yo un pretexto para darle el mando que deseáis.

El duque manifestaba en su semblante la más franca benevolencia.

— ¿Vamos, se dijo á sí misma Nanón, valor! Tengo la persuasión de que Canolles leerá en mis ojos, ó comprenderá con media palabra.

Después dijo en voz alta:

Enviad vos mismo, mi querido duque; porque sospechaba que si quería ella encargarse de la comisión, no la había de dejar obrar el duque.

De Eperón llamó á Francineta y la envió al parador del *Becerro de Oro*, sin más instrucción que estas palabras:

— Decid al señor barón de Canolles que la señorita de Lartigues le espera á almorzar.

Nanón lanzó una mirada á Francineta; pero por muy elocuente que aquella mirada fuese, no podía la doncella leer allí: « Decid al señor barón de Canolles que yo soy su hermana. »

Francineta partió convencida de que en todo aquello

se ocultaba, bajo la forma de una anguila, una grande serpiente.

Durante es intervalo, Nanón se levantó y se colocó detrás del duque, de modo que á la primera mirada pudiese invitar á Canolles á estar apercibido, mientras que se ocupaba en preparar una frase artificiosa, con cuya ayuda, desde las primeras palabras, debía el barón quedar informado de todo cuanto necesitaba saber, para que no hubiese notas discordantes en el trio de familia que se iba á ejecutar.

Con el ramo del ojo abrazaba todo el camino hasta el recodo en que se había ocultado la vispera el señor de Eperón y sus esbirros.

— ¡ Ah ! dijo súbitamente el duque, mirad allí ; ya vuelve Francineta.

Y fijó sus ojos sobre los de Nanón, que se vió precisada á apartar la vista del camino para contestar á las miradas del duque.

Los latidos del corazón de Nanón eran capaces de romper su pecho : no había podido ver más que á Francineta, y á quien ella hubiera querido ver había sido á Canolles, por buscar en su fisonomía algún rasgo de firmeza.

Mientras se sentía subir la escalera, el duque preparaba una suntuosa noble y amistosa á la vez : Nanón procuró desterrar el encendido color de sus mejillas, y se dispuso para el combate.

Francineta llamó ligeramente á la puerta.

— ¡ Adelante ! dijo el duque.

Nanón afiló la famosa frase con que debía saludar á Canolles.

Abrióse la puerta, y Francineta entró sola. Nanón recorrió la antesala con una ávida mirada ; pero nadie había en ella.

— Señora, dijo Francineta con el imperturbable aplomo de una criadita de comedia, el señor barón de Canolles no está ya en el parador del *Becerro de Oro*.

El duque abrió tantos ojos, y quedó asombrado.

Nanón irguió su cabeza, y respiró.

— ¡ Cómo ! dijo el duque ; ; el señor barón de Canolles no está ya en el parador del *Becerro de Oro* !.....

— Sin duda os engañáis, Francineta, añadió Nanón.

— Señora, dijo Francineta, repito lo que me ha dicho Maese Biscarrós.

— Lo habrá adivinado todo este querido Canolles, murmuró Nanón muy por lo bajo, tan espiritual y diestro, como valiente y hermoso.

— Id ahora mismo á que venga Maese Biscarrós, dijo el duque con la cara de sus malos días.

— ¡ Oh ! yo presumo, dijo precipitadamente Nanón, que habrá sabido que estabais aquí, y habrá temido desagradaros. ¡ Como es tan tímido ese pobre Canolles !

— ¡ Tímido él ! dijo el duque ; me parece que no es esa la reputación que tiene adquirida.

— No, señora, dijo Francineta ; el señor barón ha partido realmente.

— Pero, señora, dijo de Eperón, ¿ cómo puede ser que el barón haya tenido miedo de mí, cuando Francineta iba encargada de convidarle sólo de parte vuestra ? ¿ Le habéis dicho que estaba yo aquí, Francineta ? Responded.

— ¿ Cómo he de haber podido decirselo, señor duque, si no estaba ?

Á pesar de haber dado Francineta esta respuesta con toda la rapidez y la franqueza de la verdad, volvió el duque á recobrar toda su desconfianza. Nanón, llena de gozo, no se encontraba con fuerzas para decir nada.

— ¿Es necesario que yo vuelva á llamar á Maese Biscarrós? dijo Francineta.

— ¡No, no! contestó el duque con voz estentórea. Ó si no, sí, esperad. Quedaos aquí, por si os necesita vuestra señora; enviaré á Courtauvaux.

Francineta desapareció.

Cinco minutos después llamaba á la puerta Courtauvaux.

— Id á decir al posadero del *Becerro de Oro*, dijo el duque, que venga á hablar conmigo, y que de paso se traiga una lista de desayunos. Tomad, dadle estos diez luises para que la comida sea buena. Andad.

Courtauvaux recibió el dinero, y salió en seguida para ir á ejecutar las órdenes de su amo.

Este era un criado de buena cara, que sabía su obligación, lo bastante para poder dar lecciones á todos los Crispines y Mascarillas de aquel tiempo.

— He persuadido á mi amo á que os encargue un desayuno exquisito, y me ha dado ocho luises, de los que me guardo naturalmente dos por mi comisión, y os doy seis. Venid en seguida.

Biscarrós, trémulo de alegría, se ciñó un mandil blanco, embolsó los seis luises, y estrechando la mano á Courtauvaux, se apresuró á seguir los pasos del picador, que le condujo corriendo á la casita.

Esta vez no temblaba Nanón: la aserción de Francineta la había tranquilizado completamente, y sentía el más vivo deseo de conversar con Biscarrós, que fué introducido en el momento de su llegada.

Biscarrós entró con su mandil galanamente retorcido alrededor de la cintura y su gorra en la mano.

— Ayer tuvisteis en vuestra casa á un joven noble, dijo Nanón, al señor barón de Canolles, ¿no es así?

— ¿Dónde está? preguntó el duque.

Biscarrós, muy inquieto, porque el picador y los seis luises le hacían presentir que aquella bata encerraba un gran personaje, respondió al pronto de un modo evasivo:

— Señor, ha partido.

— ¡Partido! dijo el duque. ¿De veras ha partido?

— De veras.

— ¿Á dónde ha ido? preguntó á su turno Nanón.

— Eso es lo que no puedo deciros, porque lo ignoro, señora.

— Pero á lo menos sabréis qué camino ha tomado.

— El de París.

— ¿Y á qué hora se fué? preguntó el duque.

— Hacia la media noche.

— ¿Sin decir nada?

— Sin decir nada. Solo ha dejado una carta, que encargó se la enviase á la señora Francineta.

— ¿Y cómo no habéis traído esa carta, vergante? dijo el duque. ¿Es ese el respeto con que miráis el encargo de un noble?

— Yo la he entregado, señor; la he entregado..

— ¡Francineta! prorrumpió el duque llamando.

Francineta, que estaba escuchando, no hizo más que dar un salto para entrar en la alcoba desde la antesala.

— ¿Por qué no habéis entregado á vuestra señora la carta que habia dejado para ella el señor de Canolles? preguntó el duque.

— Yo... monseñor... murmuró la camarera llena de terror.

— Monseñor, dijo Biscarrós para sí, aturdido y replegándose al rincón más apartado del aposento: ¡monseñor!... este es algún príncipe disfrazado.

— Como no se la he pedido, se apresuró á decir Nanón, enteramente pálida.

— Dádmela, concluyó el duque, extendiendo la mano.

La pobre Francineta alargó lentamente la carta, dirigiendo al mismo tiempo á su señora una mirada que quería decir:

« Bien veis que no tengo yo la culpa, sino ese imbécil de Biscarrós que lo ha echado todo á perder. »

Un resplandor ambiguo brilló en aquel momento en los ojos de Nanón, y fué á herir al pobre Biscarrós en su retirado rincón.

El desgraciado sudaba cada gota como un dedo, y hubiera dado los seis luses que tenía en su bolsillo por encontrarse delante de sus hornillas con el mango de una cacerola en la mano.

Durante este tiempo el duque había tomado la carta, la cual leía después de haberla abierto; mientras la lectura, Nanón, más pálida y fría que una estatua, no parecía vivir, á no ser por los latidos de su corazón.

— ¿ Qué embolismo es este ? dijo el duque.

Nanón comprendió, por estas pocas palabras que la carta no la comprometía.

— Leed alto y tal vez os lo podré explicar, dijo ella.

« Querida Nanón, » leyó el duque.

Y volviéndose después de estas palabras hacia la joven, que reponiéndose cada vez más, soportó su mirada con una admirable audacia.

« Querida Nanón, continuó el duque: aproveché el » permiso que os debo, y voy á galopar un poco para » distraerme por el camino de París. Hasta más ver: os » recomiendo mi fortuna. »

— ¡ Vamos, este Canolles es loco !

— ¡ Loco ! ¿ Y por qué ? preguntó Nanón.

— ¿ Quién sin ser loco se pone en camino á media noche, sin motivo ? preguntó el duque.

— En efecto, dijo Nanón hablando para sí.

— ¡ Vamos á ver ! explicadme esa partida.

— ¡ Válgame Dios ! dijo Nanón con deliciosa sonrisa; nada hay más fácil, monseñor.

— ¡ También le llama monseñor ! murmuró Biscarrós. No cabe duda, es un príncipe.

— ¡ Vamos, hablad !

— ¿ Luego no adivináis lo que motiva todo esto ?

— No : absolutamente no.

— Pues bien : Canolles es un hermoso joven de veintisiete años, que carece de cuidados. ¿ Y á qué locura os parece que debe dar la preferencia ? Está claro que al amor. Habrá visto en el parador de Maese Biscarrós alguna linda viajera, y la habrá seguido.

— ¡ Enamorado ! ¿ Lo creéis así ? exclamó el duque sonriendo á esta idea tan natural que le asaltó. « Si Canolles se ha enamorado de una viajera cualquiera, no está enamorado de Nanón. »

— ¡ Eh ! sin duda enamorado, ¿ no es así, Maese Biscarrós ? dijo Nanón pasmada de ver al duque adoptar su idea. Veamos, responded francamente; ¿ no es cierto que he acertado ?

Biscarrós creyó que era llegado el momento de recobrar la gracia de la joven, conviniendo en un todo con ella; y haciendo brotar en sus labios una sonrisa maliciosa, dijo:

— En efecto, bien podrá tener razón la señora.

Nanón dió un paso hacia el posadero, y le dijo estremecciéndose á su pesar.

— ¿ No es así ?

— Así lo creo, señora, respondió Biscarrós con aire fino.

— ¿Lo creéis?

— Sí, esperad: con efecto, me habéis abierto los ojos.

— ¡Ah! Contadnos eso, Maese Biscarrós, repuso Nanón, dejándose arrastrar por las primeras sospechas de los celos. Vaya, decid, ¿qué viajeras han estado esta noche en vuestro parador?

— Sí, decid, añadió de Epernón extriando sus piernas y recostándose sobre el brazo de su silla.

— No ha habido ninguna viajera, dijo Biscarrós.

Nanón respiró.

— Tan sólo, continuó el posadero, sin reparar que cada una de sus palabras hacía palpar el corazón de Nanón, ha estado un hidalguito rubio, bonito y regordete, que no comía, y que tenía miedo de caminar de noche. Un hidalgo con miedo, continuó Biscarrós, acompañando á sus palabras un movimiento de cabeza lleno de sutileza; ya comprendéis, ¿no es así?

— ¡Jah! ¡jah! ¡jah! prorrumpió con una santa hilaridad el duque, tragando francamente el anzuelo.

Nanón correspondió á esta risa con una especie de rechinamiento de dientes.

— Continúa, dijo; ¡eso es muy gracioso! ¿Y el hidalguito esperaba sin duda al señor de Canolles?

— No tal, no, esperaba para cenar á un señor alto, con bigotes; por cierto que no trató muy bien al señor de Canolles cuando quiso cenar con él; pero no se incomodó por tan poco el buen hidalgo. Me parece que es un compañero intrépido; y por cierto, después que el alto partió hacia la derecha, echó á correr en seguimiento del pequeñito, que se había dirigido hacia la izquierda.

Y con tan brillante conclusión, al ver Biscarrós la expansión que tomaba el semblante del duque, creyó tener permiso para entonar una escala de carcajadas

tan atroces, que hicieron temblar los vidrios de las ventanas.

El duque, enteramente tranquilo con esta narración, hubiera abrazado de buena gana á Biscarrós, si éste hubiese sido gentilhombre. Nanón que estaba pálida como un cadáver, y con una sonrisa convulsiva y glacial en sus labios, escuchaba cada palabra del posadero con esa ansiedad voraz que impulsa á los celosos á beber á bocanadas y hasta las heces el veneno que les mata.

— ¿Pero en qué os fundáis para creer, dijo Nanón, que ese pequeño hidalgo es una mujer; que el señor de Canolles está enamorado de ella, y que recorre la carretera en su busca, y no por fastidio y por capricho?

— ¿En qué me fundo? respondió Biscarrós, que anhelaba hacer entrar la convicción en el corazón de sus oyentes; escuchad, voy á deciroslo.

— Sí, decidnoslo, mi amigo, repuso el duque; me parecéis muy divertido.

— ¡Monseñor es demasiado bueno! dijo Biscarrós. Oid.

El duque puso toda su atención, y Nanón le escuchó apretando los puños.

— Yo no recelaba nada, y había creído de buena fé que el caballero rubio era un hombre, cuando hasta aquí que me encuentro al señor Canolles en medio de la escalera, con la bujía en la mano izquierda, y en la derecha un guante chiquito, que examinaba y olía apasionadamente.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! prorrumpió el duque, cuyo contento se dilataba á proporción que iba cesando de temer por sí.

— ¡n guante! repitió Nanón, tratando de acordarse si por casualidad había dejado alguno en poder de un

caballero. ¿Un guante, así como éste? concluyó mostrando al posadero uno de los suyos.

— No tal, dijo Biscarrós, un guante de hombre.

— ¡Un guante de hombre! ¡El señor de Canolles mirar y oler apasionadamente un guante de hombre! ¡Estáis loco!

— No: porque aquel guante era del hidalgo, del lindo caballero rubio, que no bebía ni comía, y tenía miedo de andar de noche: un guante muy pequeñito en que apenas habría cabido la mano de la señora, aunque tiene por cierto una mano muy mona.

Nanón lanzó un grito sordo é imperceptible, como si hubiera sido herida por un dardo invisible.

— Creo, monseñor, dijo ella haciendo un violento esfuerzo, que tenéis los datos suficientes, y que sabéis ya todo cuanto deseabais.

Y con los labios trémulos, los dientes comprimidos y la mirada fija, mostró con el dedo la puerta á Biscarrós, que al observar en el semblante de la joven aquellas señales de cólera, de que nada comprendía, permanecía con la boca abierta y los ojos espantados.

— Si la ausencia de este hidalgo, dijo él para sí, es un infortunio tan estremado, su regreso sería una felicidad inmensa. Más vale lisonjear á este noble señor con una dulce esperanza, á fin de darle un buen apetito.

En virtud de esta reflexión, Biscarrós adoptó un aspecto más agradable, y avanzando su pierna derecha un paso con un movimiento lleno de gracia, dijo:

— Al fin, el caballero se ha ido; pero de un momento á otro puede volver.

El duque se sonrió al oír esta salida, y dijo:

— ¿Por qué no ha de volver? Acaso esté ya de vuelta. Id á verlo, Maese Biscarrós, y traedme la respuesta.

— Pero, ¿y el desayuno? dijo con viveza Nanón. Yo me muero de hambre.

— Tenéis razón, contestó el duque, irá Courtauvaux.

— Courtauvaux, venid acá: — id al parador de Maese Biscarrós, y ved si ha vuelto el señor barón de Canolles. Si no está allí, preguntad, informaos, buscadle por los alrededores; pues tengo gusto en desayunarme con ese caballero.

Courtauvaux salió; y Biscarrós, que observaba el silencio embarazoso de los dos personajes, trató de poner en juego un nuevo expediente.

— ¿No veis que la señora os hace señas de que os retiréis? dijo Francineta.

— ¡Un momento! ¡un momento! exclamó el duque: ¿dónde tenéis la cabeza, mi querida Nanón? ¡y el desayuno! Yo estoy también lo mismo que vos; me devora el hambre. — Tomad, Maese Biscarrós, estos seis luises para que los juntéis con los otros: esto es en pago de la agradable historia que nos acabáis de referir.

Después mandó al historiador hacer lugar al cocinero; y debemos decirlo, Maese Biscarrós no brilló menos en el segundo empleo que lo había hecho en el primero.

Entretanto, Nanón había reflexionado y abrazado de una ojeada toda la situación en que la había colocado la narración de Maese Biscarrós: ¿esta narración era exacta? y en resumidas cuentas, dado caso que lo fuese, ¿no era digno de excusa Canolles? Con efecto, ¿qué decepción más cruel podía darse para un valiente hidalgo como él, que aquella cita burlada, y qué afrenta comparable al espionaje del duque de Eperón, y á la necesidad impuesta de asistir, por decirlo así, al triunfo de su rival? — Nanón estaba tan prendada de él, que atribuyendo su fuga á un raptó de celos, no sólo le disculpó,

sino que le compadeció, congratulándose al mismo tiempo de ser amada lo bastante para haber provocado por su parte aquella pequeña venganza. Pero también era menester ante todo cortar el mal en su origen, era preciso impedir el progreso de este amor naciente.

Una reflexión terrible se presentó en aquel momento en la imaginación de Nanón, á cuyo influjo creyó ser anonadada la pobre joven.

¿ Si sería una cita este encuentro de Canolles con el pequeño hidalgo !

Pero no, esto era un disparate, puesto que el joven esperaba á un caballero con bigotes, y habia tratado á Canolles con aspereza, y aun el mismo Canolles no habia podido reconocer el sexo del desconocido sino por el pequeño guante encontrado casualmente.

No obstante, era preciso oponerse á los intentos de Canolles.

Entonces, armándose de toda su energia, se dirigió al duque, que acababa de despedir á Biscarrós abrumado de cumplimientos y de encargos.

— ¿ Qué desgracia, señor ! le dijo : ¿ ese loco de Canolles se vé privado por su aturdimiento del honor que tratabais de dispensarle ! Si no se hubiese marchado, estaba asegurado su porvenir ; y por haberlo hecho, tal vez lo pierde todo.

— Ya, respondió [el duque ; pero si le encontramos.....

— ¿ Oh ! no haya miedo, dijo Nanón : si se trata de una mujer, no habrá vuelto.

— ¿ Y qué queréis que yo le remedie, querida ? respondió el duque ; la juventud es la edad de los placeres : él es joven, y no puede menos de divertirse.

— Pero yo, dijo Nanón, yo que soy más razonable que

él, sería de opinión que le fuese turbado algún tanto ese gozo intempestivo.

— ¡ Ah ! ; hermana cruel ! exclamó el duque.

— Tal vez me aborrecerá por el momento, continuó Nanón, pero de seguro me lo agradecerá más tarde.

— Pues bien, veamos ; ¿ tenéis un plan ? Si lo tenéis sólo deseo saberlo para adoptarlo.

— Sin duda.

— Decid pues.

— ¿ No queréis enviarle á llevar una noticia importante á la reina ?

— Sin duda ; ¿ pero si no ha vuelto !

— Haced que le sigan, y puesto que él vá por la carretera de Paris, ese camino lleva adelantado.

— ¡ Pardiez ! tenéis razón.

— Dejadme á mí ese encargo, y Canolles recibirá la orden de esta noche á mañana lo más tarde. Os respondo de ello.

— ¿ Pero á quién vais á enviar ?

— ¿ Necesitais á Courtauvaux ?

— ¿ Yo ? para nada.

— Entonces, permitidme que le envíe con mis instrucciones.

— ¡ Oh ! qué cabeza tan diplomática : vos avanzaríais mucho, Nanón.

— Permanecer eternamente bajo la educación de tan buen maestro, respondió Nanón, es lo único que ambiciono.

Y echó su brazo al cuello del viejo duque, que saltaba de gozo.

— ¿ Qué chuscada tan deliciosa vamos á jugar á nuestro Celedonio ! dijo ella.

— Será digno de oirse referir, mi querida.

— En verdad que deseara seguirlo yo misma por ver el gesto que pondrá al recibir el mensaje.

— Por desgracia, ó más bien felizmente, es eso imposible, y os veis precisada á permanecer á mi lado.

— Sí, pero no perdamos tiempo. Vamos, duque, escribid vuestra orden, y poned á mi disposición á Courtauvau.

El duque tomó la pluma, y escribió sobre una cuartilla de papel estas dos solas palabras :

« Burdeos-70. »

Y firmó.

Después escribió sobre la cubierta de este lacónico escrito la dirección siguiente :

« Á Su Majestad la reina Ana de Austria, regente de Francia. »

Nanón por su parte escribió dos líneas, que después de habérselas enseñado al duque, las puso con el otro papel; y en las cuales decía :

« Mi querido barón, como veis, el despacho adjunto es » para S. M. la reina ; Llevadle sin dilación, por vuestra » vida, pues se trata de la salud del reino !

» Vuestra buena hermana.

» NANÓN. »

Apenas concluído este billete, se sintió en lo hondo de la escalera un ruido precipitado de pasos; y Courtauvau subiendo rápidamente, abrió la puerta y se presentó con el semblante envejecido como portador de una noticia que sabe se espera con impaciencia.

— Ahí está el señor de Canolles, á quien he encontrado á cien pasos de aquí, dijo el picador.

El duque lanzó una exclamación de alegre sorpresa, —

Nanón palideció y se abalanzó hacia la puerta murmurando :

— ; Está escrito que no lo he de evitar !

En este momento apareció á la puerta un nuevo personaje, vestido con un traje magnífico, el sombrero en la mano, y sonriendo del modo más gracioso.